MAC ARTHUR Y LA POLITICA

- EL PRECIO DE LA VICTORIA
- SI EL GENERAL FUERA PRESIDENTE
- EL DISCURSO ANTE EL CONGRESO

1.24 | 1496

Por CARLOS ESPLA
(Redactor de NOSOTROS)

h° 354

LA llegada del general MacArthur a los Estados Unidos, después de su sensacional destitución por el Presidente Truman, ha dado motivo a delirantes manifestaciones populares, que algunos observadores estiman peligrosas para la democracia norteamericana, como si ésta, agitada por sentimientos militaristas, se rindiera a los pies de un caudillo militar.

EL SOLDADO Y LA DEMOCRACIA

No es la primera vez que se señalan estas tendencias militaristas en el gran país del Norte, y aun hay quien ve en ellas el precio que los pueblos, incluso los de más elevado espíritu civil, pagan por sus victorias guerreras. Sin duda es excesivamente alarmista tal observación, aun sin negar el peligroso tributo que a las democracias imponen las glorias bélicas, ni desconocer que el recuerdo de las guerras pasadas y la preparación de la futura no sirven ciertamente para exaltar las virtudes civiles de un pueblo.

En el apoteótico recibimiento ofrecido al general MacArthur se ha mezclado seguramente la expresión de simpatía y admiración al soldado que prestó servicios eminentes a su patria, con el propósito de agitación política que mueve a los republicanos tras de una larga ausencia del poder y que encuentran en el general destituído una ayuda considerable en su lucha contra los demócratas y, de modo directo y personal, contra Truman.

LAS ELECCIONES DEL 52

Tales elementos del Partido

GENERAL DOUGLAS MacArthur, a quien aclamaron millones de norteamericanos...

MR. HARRY S. Truman, Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, "no teme a la historia"...

Republicano han querido explotar para sus fines políticos los sucesos relacionados con la destitución del general MacArthur y las divergencias sobre la política norteamericana en el Extremo Oriente, esperando quizá que la agitación popular en torno al nombre, las palabras y los hechos del jefe militar les sirva para lograr su gran objetivo político, que no es otro que reconquistar en las elecciones del próximo año la presidencia que perdieron en 1933, si bien algunos republicanos se alarman ante la posibilidad de que la presidencia no sea para un político de su partido, sino para el propio MacArthur. Después de elevar la figura del jefe militar hasta la misma gloria, para lanzarla desde allí, como un proyectil, contra el Presidente Truman, advierten algunos políticos que lo que hacen de tal suerte es precipitar a MacArthur a la Casa Blanca. Y entonces parecen enterarse de que el jefe militar tendrá el próximo año 72 de edad, excesiva para iniciar un período presidencial agotador. Y hay ya quien lanza la idea de que, en efecto, el nombre de MacArthur debe figurar en la próxima candidatura del Partido Republicano, pero para el cargo de vicepresidente... En realidad, del estruendo político que los republicanos arman o explotan en torno al nombre del soldado empiezan a alarmarse ya los mismos republicanos, sobre todo aquellos aspirantes a la presidencia que estaban calculando sus probabilidades en la lucha para derrotar a Truman y que ahora han de calcular, además, las que tengan para no ser derrotados por MacArthur. Los republicanos han procedido en este caso como el aprendiz de brujo que desencadena fuerzas a las que luego no puede dominar. Probablemente, cuando el senador Taft vió en MacArthur un inesperado aliado para alcanzar la presidencia, no advirtió que en definitiva había encontrado el mayor obstáculo para llegar a ella.

TAMBIEN EL DESTITUIRIA

En este apoyo de algunos políticos al general MacArthur —que se convierte en explotación política de su caso— se suele olvidar la causa misma de su destitución. Y esa causa es el acto de indisciplina realizado por el jefe militar al hacer declaraciones políticas sin someterlas antes a la aprobación de los Departamentos de Estado y de Defensa, como se le había advertido varias veces. Pues una cosa es la tendencia política de esas declaraciones y otra el hecho mismo de hacerlas contra las órdenes de las autoridades a las que estaba supeditada la suya de comandante en jefe. Si como resultado de todo este gran escándalo y este gran drama político, el propio MacArthur llegase dentro de veinte meses a ocupar la presidencia de los Estados Unidos, es indudable que, como Presidente, destituiría, igual que ha hecho Truman, a cualquier jefe militar que hiciese declaraciones contrarias a su política presidencial. El mismo senador Taft no ha negado el derecho de Truman a destituir a MacArthur, porque eso hubiera sido negar los derechos —y el deber— que son propios del cargo que él aspira a ocupar. Lo que ha negado Taft es la razón de la política de Truman en Extremo Oriente. Pero esto es otra historia.

POLITICA DE LA GUERRA

Sobre esta otra historia la exposición más resuelta y categórica la ha hecho el general MacArthur en su discurso ante la sesión conjunta del Congreso en Washington. MacArthur, que en todas sus declaraciones desde que fué relevado, ha insistido en que no pretende realizar obra política ni servir ningún interés de partido, ha hablado sin embargo de la política de la guerra en Extremo Oriente, lo que es otra clase de política. Ahí se centra el gran debate relativo a su destitución. Y ahí es donde el general cree pisar terreno firme y donde los republicanos encuentran mayores elementos para su agitación, porque las palabras de MacArthur constituyen en realidad un reto a Truman y a Acheson acerca de cuál es la política mejor para ganar la guerra en Corea. Mejor dicho, MacArthur sostiene que con la política de localizar la guerra en Corea no es posible ganarla, pues dejaría el resultado militar en una indecisión permanente, en tablas la trágica partida del ajedrez bélico. Pero, por otra parte, la extensión de la guerra alarma a los republicanos, que temen aparecer del brazo del general no sólo como militaristas, y por lo tanto como una amenaza para la democracia civil de los Estados Unidos, sino también como belicistas, como fomentadores de guerra y por ende del anhelo de paz del pueblo.

EN LA ISLA WAKE el Presidente de los Estados Unidos hizo entrega al general Douglas MacArthur de la cuarta Hoja de Roble; pero aquello fué en otros tiempos

EUROPA Y ASIA

Al expresar sus opiniones sobre la guerra en Extremo Oriente, MacArthur se ha referido a la política de los Estados Unidos. Pero esa política de limitar la guerra no es sólo de los Estados Unidos. Es de las Naciones Unidas. Y principalmente de Inglaterra y de Francia. Limitar la guerra a Corea es, en efecto, oponerse a la agresión allí donde se ha producido, conservando sin gran desgaste la potencia militar de las democracias para resistir a cualquier otro ataque y poder defender a Europa. Ampliar la guerra, enzarzarse en una lucha más vasta con la China comunista —y consiguientemente con su aliado soviético— es por el contrario agotar en Extremo Oriente la fuerza guerrera de las democracias y abrir Europa a la invasión comunista, abandonando al posible agresor la gran potencia industrial de aquel continente.

El general MacArthur ha abogado ante el Congreso norteamericano por el bloqueo de China, por los bombardeos a sus centros militares y por la ayuda militar a los nacionalistas chinos de Formosa para que abran un segundo frente en el continente asiático. Le ha faltado, sin embargo, trazar el plan de guerra para el caso de que la acción militar contra China provoque la intervención de su aliado soviético. Pues el sistema de defensa del Pacífico tal como él lo concibe no sería igualmente eficaz ante un solo enemigo como China o ante una acción combinada de China y Rusia.

DISCREPANCIA CON LOS MILITARES

Pero a esas ideas sobre la guerra en Extremo Oriente había opuesto ya las suyas, que son seguramente las del Estado Mayor de Norteamérica, el general de cinco estrellas Omar N. Bradley, en unas declaraciones —éstas aprobadas previamente por el Departamento de Estado— en las que el jefe del más alto organismo militar de los Estados Unidos expresó su oposición a la extensión de la guerra. Su limitación, según Bradley, ha evitado el conflicto mundial.

Y es curioso ver cómo, a la par que el general MacArthur coincide con los políticos republicanos, discrepa de los militares que no son políticos. Claro es que, una vez calmado el ambiente norteamericano, todas esas ideas irán aclarándose, y cada político y cada militar, incluso cada militar político, irá quedando en su sitio. Y no todos serán, naturalmente, de triunfo en las futuras elecciones presidenciales, para las cuales, por cierto, aun faltan muchos meses, y por lo tanto, hay aún muchas posibilidades de cambio y reflexión en la opinión pública de los Estados Unidos.